

Presentación

Constituye para mí una enorme alegría y satisfacción prologar este libro sobre Ángel Herrera Oria, figura tan importante y fundamental para la Asociación Católica de Propagandistas. La lectura del mismo nos permite acercarnos a su legado y a su personalidad, que constituyen un auténtico tesoro. En cierta manera, cuando ponemos nuestro foco de atención en personalidades del pasado estamos haciendo nuestra la máxima evangélica: «Ya veis, un letrado que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo» (Mt 13, 52). Así, fijarnos en D. Ángel Herrera Oria es volver al pasado para rescatar en él las intuiciones, que nos ayudan en el presente.

En efecto, situado en un contexto histórico bien diferente del nuestro, las claves de su compromiso y de su pensamiento tienen todavía mucho que iluminarnos en los tiempos que hoy vivimos. Para la Asociación Católica de Propagandistas constituye un ejercicio constante el de volver a los orígenes, del que D. Ángel Herrera fue protagonista destacado, para que no olvide su tarea y su misión que la identifica. Para la Iglesia, que está llamada a ser luz y sal en medio del mundo, su testimonio y su aportación nos pueden ayudar a redescubrir de manera imaginativa la misma pasión que encendió el corazón de D. Ángel. Y para nuestro mundo, que vive momentos de complejidad y de encrucijada, sumido en la crisis de la democracia liberal, su pensamiento y doctrina pueden contribuir al necesario debate y encuentro que ayude a construir una sana laicidad, desde la que el pensamiento cristiano podrá aportar tanto para la construcción del bien común.

El final del siglo XIX supuso para la humanidad un periodo interesante, marcado por la Revolución Industrial. Ante el nacimiento del capitalismo, con sus excesos en la explotación de los trabajadores, el marxismo quiso proponer un camino igualmente inadecuado de nuevo humanismo. En ese contexto, la acción de la Iglesia fue especialmente rica desde la

imaginación de la caridad que siempre la ha caracterizado. Un quehacer que se estructuró en forma de pensamiento a través de la encíclica *Rerum Novarum* (1891) de León XIII. Dicen los expertos, que este documento se convirtió en punto de llegada y punto de partida de infinidad de experiencias sociales que pulularon por entonces en la Iglesia. Basta conocer someramente la historia de la Iglesia en ese momento, también en España, para asentir y comprobar esta afirmación.

En ese sentido, se puede decir que es el tsunami de la *Rerum Novarum* el que está detrás de los inicios del quehacer y de la inquietud de D. Ángel Herrera. Así, en 1908, junto con Ángel Ayala, S. J. y otros poquitos compañeros, da inicio a la intuición que supone ir formando un laicado católico que esté presente activa y significativamente en el mundo social y político. Un panorama el de entonces tan complejo y complicado como el que podamos tener en la actualidad. Desde ese momento, y con la misma pasión por la construcción del Reino, se fue embarcando en los diferentes proyectos e iniciativas que se irán desgranando en este magnífico libro.

Ángel Herrera se convierte así en un hijo preclaro de su tiempo, que, como tantas veces nos invita el Papa Francisco, supo «tener pasión por Jesucristo y pasión por el pueblo» (EG 268). Estas son las dos almas que imbuían al espíritu del auténtico evangelizador de todos los tiempos. De esta manera, se le puede considerar como un auténtico pionero del apostolado seglar en España, enraizado en las claves que el Concilio Vaticano II va a establecer años después: su vocación de transformación de la sociedad, la urgencia de un compromiso en la vida social para transformarla. La vocación del laico cristiano es el mundo, alejándose de la marginalidad o del asistencialismo en el que muchas veces se le ha encerrado. Nos lo recuerda el Concilio que D. Ángel vivió en primera persona:

«Es preciso, con todo, que los laicos tomen como obligación suya la restauración del orden temporal, y que, conducidos por la luz del Evangelio y por la mente de la Iglesia, y movidos por la caridad cristiana, obren directamente y en forma concreta en dicho orden; que cooperen unos ciudadanos con otros, con sus conocimientos especiales y su responsabilidad propia; y que busquen en todas partes y en todo la justicia del reino de Dios» (AA 7).

Así son los profetas: centinelas que despiertan, anticipan y vislumbran el futuro con la voluntad de construirlo.

Algunas claves de Ángel Herrera que nos pueden hoy ayudar a construir nuestro futuro:

1. «Cuidar la mirada»: la mirada es la ventana de nuestra vida. Por los ojos nos entra la realidad que hemos de procesar y de transformar. Pero la mirada hay que educarla, como tantas veces nos enseña Jesús en el Evangelio. D. Ángel fue un hombre enormemente sensible a lo que acontecía a su alrededor. Sabía mirar con profundidad lo que acontecía. El panorama político y social golpeaba su fina sensibilidad, como podemos observar desde la dirección del periódico *El Debate*. Por eso, consciente de que los males tienen siempre raíces estructurales, ayudó a mirar a otros y, desde su mirada, animó en la transformación de las causas que estaban en su base. En ese camino, siempre creyó que la acción política se convertía en un instrumento privilegiado. Desde ese convencimiento, fue alumbrando diferentes cauces institucionales, que fueran renovando, como la levadura, la sociedad del momento.
2. «Educar el pensamiento»: una buena acción se fundamenta siempre en un sólido pensamiento. No es tiempo perdido el dedicado a la interpretación y el estudio de la realidad. Solo desde ahí, la transformación puede ser profunda y eficaz. Así nos lo recuerda Benedicto XVI en la *Caritas in Veritate*, cuando dice, recordando a Pablo VI, que éste «vio con claridad que una de las causas del subdesarrollo es una falta de sabiduría, de reflexión, de pensamiento capaz de elaborar una síntesis orientadora» (CV 31). No era esta la condición de D. Ángel, cuya solidez de pensamiento es innegable, como comprobamos por su amplia y profunda cultura, asentada en el conocimiento de los autores clásicos pero también del pensamiento de su tiempo. Quizás por ello, consciente de su importancia y de aquella intuición del Papa al que tanto admiró, siempre insistió y actuó para iniciar círculos de estudio e instituciones o estructuras que ayudaran al conocimiento y discernimiento de lo que acontecía y sucedía.

3. «Amar a la Iglesia»: a ella sirvió siempre, en medio también de los silencios e incomprensiones, en sus diferentes estados: laico, sacerdote y obispo. Su profunda fe, vivida en el seno de la Iglesia a la que siempre consideró su Madre y Maestra, se convirtió en el eje vertebrador y unificador de toda su polivalencia de compromisos, vocaciones, tareas e iniciativas. Su pasión por la Iglesia, como continuadora de la misión del Maestro, le llevó a no conformarse con una obediencia pasiva o inactiva. Al contrario, su compromiso e identificación con la misma le hizo ser protagonista activo en la necesaria y permanente conversión eclesial en sus instituciones, miembros y tareas.

Por esa capacidad de acercarnos a esta personalidad de D. Ángel Herrera y por la intuición de hacerlo hoy más presente, quiero concluir dando mi sentida enhorabuena al muy querido y admirado amigo, autor de este valioso y ameno escrito, D. José Luis Gutiérrez García, bien conocido de todos y reconocido por su admirable trabajo y ejemplar tesón. Nadie mejor que él nos podía aproximar la figura de don Ángel de una manera cercana y certera. Junto a este reconocimiento, mi deseo al amable lector de que estas páginas contribuyan a impregnarse de aquellos valores e intuiciones que hicieron buen y grande servidor a D. Ángel Herrera en su tiempo. Sin duda, bien los necesitamos.

+ Fidel Herráez Vegas

*Arzobispo de Burgos
Consiliario Nacional de la ACdP*

Prólogo

Responde el libro, que el lector tiene en sus manos, a tres motivos distintos, pero convergentes: un ruego, un recuerdo y una atención. Ruego autorizado, recuerdo agradecido y atención sostenida.

Ruego de quienes tienen sobre mí la autoridad moral más que suficiente para convertirlo en orden. De ellos ha partido la iniciativa de la publicación.

Recuerdo imborrable de una de las grandes personalidades españolas de nuestro pasado siglo xx. Destacada, y más exactamente sobresaliente, en el conjunto numeroso de los grandes hombres públicos de alta talla, que tuvo la España sufrida del pasado siglo xx, Ángel Herrera Oria. Pude colaborar con él en sus trece últimos años de vida, cuando los ministerios eclesiales del sacerdocio y del episcopado habían sucedido a su inmensa labor como protagonista ejemplarmente sacrificado del apostolado seglar católico en nuestro suelo.

He hablado de atención sostenida. El sustantivo y el adjetivo se hallan justificados sin necesidad de rodrigones laudatorios. Durante ya cincuenta años el autor de estas páginas ha dedicado a la personalidad egregia de don Ángel Herrera no pocas horas de estudio, de lectura, de consideración y de palabra. Debo confesar que he recorrido todas las provincias españolas con motivo de invitaciones para hablar, en cursos o conferencias aisladas, sobre la figura y la obra de don Ángel, labor a la que se han añadido frecuentes trabajos escritos de estudio, algunos en obras de colaboración, y otros en libros redactados por el autor de esta obra.

He querido con esta perseverante atención aprender y asimilar personalmente las lecciones de vida, que el magisterio de don Ángel ofrece. Y pienso que la reunión ordenada de los presentes trabajos puede contribuir sin duda a la sana orientación de la criteriología espiritual de todos los miembros de la Asociación Católica de Propagandista y también sin

necesidad de cambios a todos los católicos de nuestra entrañable Iglesia de España, en las presentes circunstancias de la azarosa época nueva que ya estamos viviendo, entre «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de nuestro tiempo».

Capítulo 1

RECUERDOS Y LECCIONES

El título de este capítulo introductorio tiene, en los dos términos, que lo integran, sendos significados complementarios: uno, corporativo; y otro, personal.

Corporativo, porque, en cierto modo, preludia, anticipa, y resume la intención y el contenido recordatorios de todos los estudios, que forman la obra. Y personal, porque he de limitarme a cuanto yo, personalmente, recuerdo y aprendí de don Ángel.

Es, por tanto, muy posible que mis palabras resulten algo subjetivas, aunque procuraré mantenerme en terrenos objetivos, reales.

Debo adelantar también una distinción: por un lado, los recuerdos personales, que yo he ido recibiendo de personas, que lo conocieron; y, por otra parte, los recuerdos personales por mí vividos directamente.

Y como en el álbum total de los recuerdos, que de don Ángel tengo, los hay anecdóticos, sin dejar de ser ejemplares; y los hay magistrales por su capacidad orientadora, su riqueza criteriológica, su sentido de la actualidad, e incluso sus fundadas previsiones del futuro inmediato, he preferido seguir esta vía en la introducción de los presentes estudios herrerianos.

Recuerdos escolares y familiares

Mis dos primeros recuerdos de don Ángel son escolares y familiares.

Escolares, porque en el colegio de los marianistas de Cádiz, el Colegio de San Felipe Neri, se guardaba el recuerdo vivo de las dos intervenciones oratorias de don Ángel, presentado por José María Pemán, allá por los años veinte, en aquel inolvidable patio del Colegio. Y además, porque algunos de mis profesores nos hablaban, con calurosa admiración, del Presidente de los Propagandistas, del Director de *El Debate*, y del Presidente de la

Junta Central de la Acción Católica Española. Este es el primer recuerdo recibido, el de un escolar, años 1929-1940.

Y a la memoria escolar se une el recuerdo familiar, porque en mi familia se compraba y se leía *El Debate*, y no puedo olvidar la impresión, que me causaban, estudiante ya de bachillerato, los grandes números dominicales, que, cargados de interés, patriotismo y religiosidad, hablaban de nuestra historia, de nuestra cultura, de nuestra auténtica memoria histórica, y de nuestro presente de entonces.

Colegio y familia, que junto con la parroquia constituían, en aquellos azarosos años de la segunda República, el maravilloso triángulo de nuestra formación humana, cultural y católica: la familia, la parroquia y el colegio en perfecta homogeneidad y convergencia.

Conocí personalmente a don Ángel en octubre de 1953 y, desde entonces hasta su fallecimiento en 1968, trabajé directamente con él en no pocas ocasiones. Se combinaban a partir de esa fecha los antiguos datos de la educación recibidos y los datos nuevos personalmente vividos.

El primado de la vida interior

Señalo el primer recuerdo. Me refiero a la honda y permanente raíz de toda la vida y actividad de don Ángel como seglar primero, como sacerdote luego, y finalmente como Obispo de Málaga y Cardenal de la santa Iglesia.

Primer gran recuerdo y recuerdo capital. Fue don Ángel un hombre de hondísima, no retiro el superlativo, de profundísima vida interior. No todos conocen el singular privilegio, que Pío XI le había concedido ya de seglar: tener en su casa del arranque de la Gran Vía madrileña oratorio con el Santísimo. Algunas de sus sobrinas atestiguan que entreabrían curiosas la puerta del oratorio y le veían sumido en oración. Siendo todavía sacerdote don Vicente Enrique Tarancón, acudió una mañana a decir misa en el oratorio de don Ángel, y se lo encontró de rodillas ensimismado en oración¹.

1 Yendo don Ángel en tren, en un coche de tercera, de Santander a Bilbao, acompañado de su gran amigo y colaborador don José Tocino López, le dijo a éste «José, si en media hora no me he despertado, avísame, por favor». «No habían transcurrido tres minutos de su advertencia y dormía serena y profundamente» (apud JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, *Con versaciones sobre Ángel Herrera*, p. 494, BAC 485 Madrid 1986).

Estando al frente de la Junta Nacional de la Acción Católica Española se retiraba con frecuencia a la Casa de Ejercicios, que las Esclavas de Cristo Rey tenían, y siguen teniendo, en la avenida madrileña de Arturo Soria. Y refiere la autora de la historia del Instituto, que al despedirse del Señor por la noche la comunidad en la capilla, allí quedaba orando don Ángel. Y que cuando volvían al día siguiente, por la mañana, para el ofrecimiento de obras, allí se hallaba ya orando don Ángel.

Cuando en Santander, ya sacerdote y coadjutor de la Parroquia de Santa Lucía, creó una Residencia Sacerdotal para preparar a jóvenes clérigos en el arte de la predicación homilética, entró en ella don José María Eguaras, sacerdote navarro, el cual, desde la primera noche, se extrañaba de un molesto ruido metálico, que sonaba en la habitación de al lado. Como persistía el dichoso ruido y siempre a la misma hora, preguntó a los compañeros, y estos le explicaron, sonriendo, que no era otra cosa que una pequeña linterna, que don Ángel usaba como despertador, para hacer a esa hora, las doce de la noche, una hora de oración.

«La oración de media noche era ya práctica habitual en él»², que mantuvo durante los tres primeros meses de su pontificado en Málaga. Posteriormente albergó en la capilla del edificio episcopal la reunión mensual de uno de los turnos de la Adoración Nocturna de Málaga, hacía su hora de oración de dos a tres y a las cuatro les decía la misa a los adoradores. Tras la misa se retiraba a descansar³.

Durante su larga enfermedad postrera, que le retenía en cama, dejaba abierta la puerta, que comunicaba con su capilla, y abierta permanecía hasta que entraba alguna visita. Tuve, en varias ocasiones, que cerrarla, al entrar, y abrirla de nuevo, al marcharme.

Ángel Herrera fue hombre de honda oración. Nunca la dejó. Es uno de mis grandes y edificantes recuerdos de su persona.

2 JOSÉ MARÍA EGUARAS, *Ángel Herrera Oria. Una biografía testimonial*, pp. 44-45, Madrid 2019.

3 *Ibid.*, pp. 195-196.

La vida activa al servicio de Dios

Vivió además, con la misma constancia, el misterio y el ministerio de Marta, la otra hermana de Lázaro. Afirmaba que María y Marta debían unirse en la vida del cristiano consecuente. Tengo el convencimiento de que fue contemplativo en la acción. Vida interior intensa para el apostolado. Y recurso permanente de la vida activa al sosiego, al silencio y al desierto interior de la contemplación.

El campo de acción, que eligió, durante sus largos años de seglar, fue el propio de la Asociación Católica de Propagandistas: la vida pública. Se adelantaron en este punto el P. Ángel Ayala y Ángel Herrera al magisterio del concilio Vaticano II. Para Herrera la vida pública era territorio más extenso que el de la sola política activa, los partidos, el gobierno y los parlamentos. Eran la orientación correcta de la entera sociedad y la firmeza de la misma el área de su acción. Como seglar primeramente, y luego como sacerdote. Con palabras conciliares, la animación y ordenación consiguiente de las estructuras sociales según las exigencias de la razón y del Reino de Dios, de la naturaleza y de la fe.

Y como segunda nota, que definía esa acción sobre la vida pública, la distinción, igualmente capital, entre la opinión pública y la conciencia nacional. Aquélla como superficie abierta a las calmas y los vientos, a las marejadas y las tempestades de la hora; y ésta como corriente abisal profunda definidora y sostenedora del alma de los pueblos. Advirtió don Ángel que «el sabio cultivo y dirección de la conciencia nacional» se hallaban situados «en la línea divisoria de dos épocas históricas»⁴, la que seguía fiel al legado histórico y la que propugnaba el total abandono de ese legado.

Discípulo aventajado de Balmes y de Menéndez Pelayo siempre tuvo a la vista el famoso, clarividente e incluso profético epílogo de la *Historia de los heterodoxos españoles*, de don Marcelino. Epílogo, que yace en la casa deshabitada del olvido.

«España, evangelizadora de la mitad del orbe, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectones o

4 *Obras completas* VI, pp. 300 y 302.